

090. Lo que puede una Misa

Santo Domingo de Guzmán se vio en una precisión muy grave mientras se hallaba en el monasterio de Roma rodeado de tres Cardenales, a uno de los cuales le traen la dolorosa noticia: *-Tu sobrino Napoleón ha caído del caballo tan mal que allí mismo ha quedado muerto.* El Cardenal está deshecho, y busca consuelo en el Padre Domingo.

Pero en éstas un Padre le reprocha al Santo: *-Padre Domingo, ¿por qué no haces por el Cardenal algo más que darle palabras bonitas? ¿Por qué no le restituyes vivo a su sobrino? Si dices que eso no lo puedes hacer tú, ¿dónde están tu compasión, tu fe y tu confianza en Dios?...* El Padre Domingo se concentra y reflexiona: *-Cierto, yo no puedo nada ante este muerto. Pero..., ¿tampoco Dios puede nada?... ¿Dónde está mi fe en el poder de una sola Misa, en la cual actúa el mismo Jesús del Calvario?...*

Con estas reflexiones tan serias, manda traer el cadáver del muchacho, hace preparar todo para la celebración, ofrece la Eucaristía con mucha fe, acabado el Santo Sacrificio se acerca al difunto, le traza la señal de la Cruz, y le ordena: *-En nombre de Jesucristo, que en esta Misa se ha ofrecido por ti, yo te mando que te levantes.* Ante el pasmo de todos, el joven era restituido con vida a sus seres queridos.

Este milagro tan espectacular de Santo Domingo, nos trae a la memoria lo que el Papa Juan Pablo II dijo en una visita a Milán: *-Una sola Misa puede más que el mal de todo el mundo.* Lo cual nos hace pensar: Ante tanta queja sobre los males de la sociedad moderna, ¿no tenemos los cristianos en nuestra mano un remedio que no empleamos como debiéramos?... Si al mal del mundo le opusiéramos más asiduidad, más participación y más fe en la Santa Misa, ¿no atraeríamos sobre la sociedad agónica — que a veces parece ya muerta— las mayores bendiciones de Dios?...

Al pensar así no pecamos de optimistas. Al revés, si no pensáramos así, pecaríamos ciertamente de falta de fe. Porque Dios ha opuesto al mal del mundo el bien inmenso que es Jesucristo: el Jesucristo que en el Calvario se ofrece a Dios por la salvación del mundo y que en la celebración de la Santa Misa no hace otra cosa sino hacer presente hoy el mismo e idéntico Sacrificio de la Cruz.

El Calvario es la fuente de la Gracia y de la Misericordia divinas, que salen a borbotones de las Llagas sangrantes del Redentor. La Sangre divina sigue goteando sobre el mundo. Un diluvio de Gracia. emanada de la Cruz, reblandece la tierra y la fecunda. Porque la Santa Misa, ofrecida a Dios a la vez en todos los rincones del mundo, perpetúa en el tiempo y en el espacio aquel primero y único Sacrificio redentor.

Del Norte al Sur, del Este al Oeste, dondequiera que se halle presente la Iglesia de Jesucristo con un ministro al menos, se celebra aquel sacrificio y se ofrece a Dios aquella Hostia inmaculada anunciada en una de las profecías más bellas de la Biblia en el Antiguo Testamento: *-Desde el levante al poniente es honrado mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece en mi honor un sacrificio de incienso y una hostia pura* (Malaquías 1,11)

Dios no niega ningún bien al mundo cuando se le presenta este su Hijo inmolado en el Calvario y hecho hoy presente en el Altar. En una revelación que Jesucristo hizo a un alma mística para enseñanza nuestra, al alzar el sacerdote la Hostia en la consagración, la santa (Angela de Foligno) se queda extasiada: *-¡Jesús! ¿Así estás aquí? ¿Tan igual como en el Calvario? ¿Cubierto de llagas y destilando sangre?...*

Y el Señor: *-Sí; aunque esté glorificado en el Cielo, yo soy el mismo Jesús de la Cruz...*

El pecado del mundo halla entonces en la presencia divina a Uno que sabe y puede aplacar la justicia de Dios. *“Al contemplar en mil puntos del espacio los cálices que a cada instante del día y de la noche se elevan a Dios, parece que de sus copas de oro cae un río de sangre, que se precipita sobre el río de lodo vomitado por las pasiones humanas. Las dos mareas luchan, se mezclan, y el ardor de la sangre de Cristo acaba por vencer con su roja espuma”* (Muñana)

Con Jesucristo en nuestras manos, le tributamos a Dios la alabanza máxima al decirle: *“¡Por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu santo, todo honor y toda gloria!”*.

Porque es Jesucristo, ¡nada menos que Dios!, quien alaba y bendice a Dios... ¿Cómo no nos va a dar Dios, en retorno, todo bien que anhelamos recibir? Decía muy bien el Doctor de la Iglesia San Juan Crisóstomo: *-Lo que no alcanzas con la Misa, difícilmente lo consigues en otro momento.*

Es natural entonces que Dios no nos niega nada. Lo experimentó el Cura de Ars San Juan Vianney. Le encomiendan la Misa por una persona difunta, y el Santo sospecha que aquella alma necesitaba de veras sufragios. Acaba el Santo la consagración, y con la Hostia en la mano se atreve a hablar a Dios: *-Señor, vamos a hacer un cambio. Tú tienes a esa alma en el Purgatorio, yo tengo a tu Hijo en mis manos. ¿Me das esa alma a cambio de tu Hijo?...* En aquel instante se le aparecía sonriente aquella alma bendita...

Cuando así pensamos de la Santa Misa, comprendemos el precepto grave de los domingos! A la Santa Misa vamos porque queremos. Porque conocemos y sentimos su valor. Porque estamos convencidos, como San Francisco de Sales, que la Santa Misa *“es el sol de los Ejercicios espirituales, es el centro de la religión cristiana, es el alma de la devoción, es la vida de la piedad”*.

Y entonces, como cristianos, así como Dios nos da tantas cosas de más a nosotros, también sabemos dar nosotros propinas a Dios, cuando le decimos:

-¿Sólo una Misa me pides a la semana?... Toma, Señor. Si quieres, te doy tres, cinco, hasta siete si te gusta más...

El Padre Santo Domingo resucitó a un muerto con el poder de una Misa. A lo mejor con la Santa Misa hacemos nosotros también por el mundo lo que no pueden todos los políticos juntos...